

# Romertas chilenas

por Carlos Lavín

Una de las más fervorosas y originales instituciones votivas ofrece Chile con el itinerario de sus peregrinaciones. Si aparecen éstas menos desarrolladas que las de Perú y Bolivia o las de México, distingúense, en cambio, con más variables y mudadizas ceremonias y ritos. Más de un centenar de festividades, casi todas adscritas a los homenajes y veneraciones patronales, señalan matices, muy divergentes, del maridaje o la burda mezcla de las tradiciones hispánicas y las indígenas, a través del desarrollo de cuatro siglos.

Todas las razas autóctonas acusan influencias en el ritual hasta integrar un muestrario etnológico, bastardeado considerablemente en las regiones centrales por el embate del progreso material y mantenido casi incólume en los extremos del suelo nacional. Músicas, bailes, trajes y disfraces, y los propios actos votivos, van acusando, en cada latitud, el "substratum" étnico, ostensiblemente marcado por la impronta de la Conquista y de la civilización ibéricas.

Escenas escogidas al azar recuerdan ese culto de los ídolos por medio de la danza en que, desde la prehistoria, se han venido empeñando los pueblos primitivos, muchas veces acoplado o influenciado con exterioridades, verdaderamente documentarias, de los ritos hispánicos que aún persisten intactos en la Península.

Confrontando las estampas obtenidas de estos actos rituales en Chile, México, Perú o España, resultan ellas muchas veces idénticas. Rasgos típicos en el indumento, pormenores de la escenografía y otros aspectos indican análogas exterioridades muy propias de los actos que aún se realizan en el Viejo y en el Nuevo Mundo. Las similitudes entre la *Danza de los Concheros* de San Miguel de Allende (México) <sup>1</sup> con los ritos de Andacollo (Chile) <sup>2</sup> y las de las *Móndidas* de San Pedro Manrique (Soria, España); así como imitaciones de disfraces en los bailes rituales hispánicos de la *Fuente del Penado* (Fuentelcásped, España); o bien de la *Alberca* y *Fuentelcásped* del mismo país <sup>3</sup>, corresponden con los de la *Candelaria* de Copiapó (Chile) <sup>4</sup> y tantos

<sup>1</sup> Véase: Fernández, Justino; Mendoza, Vicente T.; y Rodríguez Luna, Antonio. "Danzas de Concheros en San Miguel de Allende". Fondo de Cultura Económica. México, 1941. (Notas: Todas ellas se deben a R. Barros y M. Dannemann).

<sup>2</sup> Véase: Latcham, Ricardo E. "La fiesta de Andacollo y sus danzas". Revista de la Soc. de Folklore Chileno, Tomo 1, entrega v, Santiago, 1910.

<sup>3</sup> Para todas estas fiestas hispanas, véase Caro Baroja, Julio. "Los pueblos de España". Ed. Barna, Barcelona, 1946.

<sup>4</sup> Véase: Lavín, Carlos. "Las danzas rituales de la Candelaria". Revista Musical Chilena, Año v, N° 34. Santiago, Junio-Julio, 1949.

otros ejemplos. Con raigambre atribuible o al blanco o al indio siguen "ejerciendo" en todas esas ceremonias las cohortes de danzantes, los cuerpos de ejecutantes, los grupos de cantantes, en desfiles, rondas y rogativas que con significado ancestral han llegado a alinearse en una clasificación propiamente chilena.

Todas estas romerías pueden provenir de motivos relacionados con la fe, pero la realización logra acumular elementos sociales y raciales bien distintos y al mismo tiempo transmontar situaciones cronológicas bien disímiles. Así no se podría encontrar analogías entre la romería chilena de la colectividad española que se realiza (24 de Abril) en la *Rinconada de Silva* (Aconcagua), con el peregrinaje urbano de la *Virgen de las Cuarenta Horas* en Limache (provincia de Valparaíso), o con la afluencia de *promesantes* a *Almirante Latorre* (en loor de Santa Teresita) en las desoladas montañas de la provincia de Coquimbo, o con el festival verdaderamente cosmopolita, honrando a Nuestra Señora de Guadalupe, en las sierras de *Ayquina* (provincia de Antofagasta); o, aún, con la fiesta magna de *Andacollo* o con la procesión flotante de *San Pedro*, en la caleta vecina a Valparaíso<sup>5</sup>. En compensación a ese heterogéneo desarrollo es fácil situar en nuestro suelo verdaderos focos de peregrinaje.

Otro de los aspectos más atrayentes y originales de la vida piadosa de nuestras clases humildes la imponen los romeros chilenos con los santos y vírgenes caminantes, al ser transportados en procesión, de un pueblo a otro, dejándolos algunos días "en depósito" o en custodia, en las iglesucas que practican el intercambio. Recorren las imágenes grandes distancias, ya sea a través de los inhóspitos desiertos del norte o de las tupidas selvas sureñas. No son solamente translaciones sino principalmente "encuentros", de Virgen con Virgen, en las fiestas patronales. De Mamiña a Macaya, de Pica a Matilla (Tarapacá), de Ayquina a Caspana (Antofagasta) pueden divisarse desde el aire, y cual una serpentina, los cortejos de fieles encabezados por el anda, cruzando desiertos con intento de voto y penitencia. En el extremo sur pasa lo propio en la espesa selva del confín austral de la provincia de Llanquihue; la estatua de Nuestra Señora del Rosario de Maullín es llevada en peregrinaje varias veces al año<sup>6</sup>.

No pudiendo hablar de liturgia sino más bien de ceremonial en lo que atañe al orden y forma establecidos por los congregantes para celebrar estos actos votivos, debemos admirar las múltiples organizaciones chilenas. Descendientes éstas de la tradición ibérica en la cual dominan las hermandades

<sup>5</sup> Nos consta la vigencia de estas festividades, con excepción de la realizada en Almirante Latorre. Véase: Lavín, Carlos. "La Virgen de las Cuarenta Horas". Revista Margarita, Santiago, 16 de Julio de 1949.

<sup>6</sup> Son frecuentes las procesiones con imágenes viajeras a lo largo de todo el territorio. Véase: Barros, Raquel y Dannemann, Manuel, "La Ruta de la Virgen de Palo Colorado". Separata de la Revista Musical Chilena, N° 13 de la Colección de Ensayos del Instituto de Investigaciones Musicales de la Universidad de Chile. Santiago, 1966.

y cofradías, vigiladas por los *mayordomos* y *hermanos mayores*, ofrecen, sin embargo, jerarquías y cometidos diversos que sugieren reglamentos por demás singulares.

Es una convención privativa de todo el norte chileno denominar *bailes* a las cohortes y hermandades, en razón de su capacidad coreográfica. Rige sus actos y actúa de instructor el *caporal* o jefe de baile, para supeditarse todos, al ejemplo de la romería de Andacollo, al *cacique*, casi siempre vitalicio. Decorativamente dirige cada cohorte un *corrector*, llevando una espada envuelta en cintas y ramilletes.

En general estas falanges o comparsas han tenido nacimiento en el voto de un católico que *levantó* el altar en un acto recordatorio (difunto, enfermedad y mejoría, etc.) y reunió un grupo de fieles para formar una *hermandad*. En esta misma línea jerárquica quedan las *instituciones* o sea los conjuntos que ostentan características de grupo y rasgos determinantes de su cohesión. Es la influencia peruana y boliviana lo que da variedad a las *instituciones*, con ordenanzas seculares muy teñidas de indigenismo, y por lo mismo mediocremente imitadas en tierras chilenas<sup>7</sup>. *Chunchos*, *cuyacas* (hermandades femeninas), *morenos*, *pampinos*, *chinos*, *llameras*, *cambas* y un medio centenar de designaciones<sup>8</sup> distinguen el personal congregado y determinan el patrón de sus vestimentas, la especialidad de sus disfraces<sup>9</sup>, el estilo de sus danzas y sus preferencias instrumentales, con una tendencia uniforme a todo el ambiente norteño. Muy propensa a simplificarse se muestra ésta a medida que avanza hacia el sur y se cristaliza en la romería de *Andacollo* con sólo tres jerarquías y una organización inconvencional<sup>10</sup>.

Referencia de esta festividad coquimbana se tiene desde el año 1596, época en que actuaban los cuadros danzantes llamados *chinos*. Hacia 1752 aparecieron los *turbantes* y en 1798 los *danzantes*, con categorías bien definidas y cometidos diversos, que al ser precisadas por una de estas instituciones, pueden multiplicarla en muchos *bailes* (falanges) del mismo rito y finalidades. Avanzando hacia la provincia de Aconcagua dejan estas hermandades de acatar ese protocolo, prevaleciendo únicamente la divisa institucional de los *chinos*, aún más inconocible y descolorida en las provincias de Valparaíso, Santiago, O'Higgins y Colchagua, para desaparecer y olvidarse en la zona

<sup>7</sup> Estimamos más conveniente hablar de continuidad etnográfica y folklórica de la cultura Andina, por tratarse de un fenómeno que concierne por igual a países delimitados recientemente por razones políticas, entre los que ocupa un papel importante, también, la actual Argentina.

<sup>8</sup> Casi en su totalidad estas *cofradías* se mantienen vigentes y con las mismas denominaciones. En la celebración de la fiesta de La Tirana de este año, participaron sesenta bailes, agrupados en nueve grupos básicos.

<sup>9</sup> Resulta arbitrario calificar de disfraz a la indumentaria de los *promesantes*, por cuanto ésta se identifica con las acciones de su portador, de lo que se desprende una conducta particular, incluso consolidada por la bendición del vestuario.

<sup>10</sup> Véase nota N° 2.

del Maule<sup>11</sup>. Allende este río, y en tierras sureñas, los ritos se transforman, casi hasta su extinción, transformándose en meras acumulaciones de devotos empeñados en cumplir sus deberes religiosos<sup>12</sup>. A causa de la ausencia de los oficiantes adscritos a estos ritos paganos tan arraigados en el norte del país, las romerías cercanas a la Metrópoli llegan a perder muchas características propiamente folklóricas. *Santa Rosa de Pelequén* (provincia de Colchagua) y *San Sebastián de Yumbel* (provincia de Concepción)<sup>13</sup> representan las regulares peregrinaciones católicas, relegando el aspecto costumbrista a la presencia de bardos campesinos, adivinas y mercachifles que amenizan las concurrencias a estos actos piadosos. Hacia el Archipiélago de Chiloé vuelven a presentarse rasgos propiamente folklóricos, especialmente en las concentraciones marítimas, algunas de las cuales se clasifican como auténticas procesiones flotantes<sup>14</sup>.

La organización de los *promeseros*, principalmente en los fieles y penitentes, y en todo lo que se refiere a la asistencia, translación y manutención, es muy variable en las diversas latitudes. Hay algunas afluencias como las de *La Tirana* y *Andacollo* en las cuales los concurrentes se reúnen a su arbitrio y contribuyen en forma estrictamente personal, pero en el extremo norte las condiciones son diversas. En Tarapacá rige la asistencia de los fieles, la corporación social de los *alféreces* (de ambos sexos), convocando a las más representativas personalidades de la empresa y el *Presidente* de esta institución se entiende directamente con las autoridades religiosas en lo que atañe al socorro de los promesantes. Este auxilio queda confiado más al sur a los directores de los *bailes*, al *Cacique*, a los *Caporales*, al *Primero* y *Segundo Alféreces* y a los *Tambores Mayores*. En el confín sureño el escalafón tiende a complicarse con diferentes autoridades. Hay una cofradía de seglares denominada *Cabildo* y se conocen como cargos *El Supremo*, *El Gobernador*, *Primer* y *Segundo Alcaldes*, *Ayudantes*, *La Suprema* y las *Princesas*; y como los más vinculados con los ritos *El Fiscal* y el *Alcalde*<sup>15</sup>.

<sup>11</sup> En nuestros días, sólo hasta las provincias de Aconcagua, Valparaíso y Santiago se conserva la intervención de *chinos*, compuestos por un único tipo de bailarines que ejecutan en flautas monófonas acompañadas de percusión.

<sup>12</sup> Al sur de la provincia de Santiago, por lo que sabemos, desaparecen los bailes rituales, pero el folklore musical y el que rige la organización se evidencia en la tan difundida fiesta de la *Cruz de Mayo*, principalmente en la provincia de Concepción y en las *Fiestas de Cabildo*, en Chiloé.

<sup>13</sup> Véase: G. D. "Santa Rosa de Pelequén". Revista en Viaje. Año xvi, Nº 311, Santiago, Septiembre 1959. Y Muñoz Olave, Reinaldo. "El Santuario de San Sebastián de Yumbel". Imp. Claret, Santiago, 1927.

<sup>14</sup> Dadas las condiciones geográficas, se trata más bien de afluencias náuticas de los fieles al lugar de celebración.

<sup>15</sup> Véase: Uribe Echevarría, Juan. "La Tirana". Apartado de la Revista Mapocho, Nº 2, Santiago, 1963. Uribe Echevarría, Juan. "Contrapunto de Alféreces en la provincia de Valparaíso". Edición de los Anales de la Universidad de Chile, Santiago, 1958. Vázquez de Acuña, Isidoro. "Costumbres religiosas de Chiloé y su raigambre hispana". Centro Antropológico de la Universidad de Chile. Ed. Universitaria. Santiago, 1956.

Tomando las *Romerías de Andacollo*, de *La Tirana* y de *San Fernando de Copiapó*, como los tres actos rituales más representativos, podemos destacar diversas facetas que implican repertorios distintos y la nomenclatura de los números del programa señala las actuaciones del grupo. En la fecha patronal, aún en su víspera, se inician diversas actuaciones; los toques de diana y marchas ejecutadas por los grupos instrumentales despiertan a los fatigados peregrinos. Una vez reunidos todos los oficiantes comienzan los ritos con tres *Entradas al templo* (entradas), un *Cántico de adoración* ante el altar mayor, un *Saludo* y una *Despedida*, una *Retirada* y una serie de himnos y cantos de *Buenos Días*. Acto primordial es la Venia del Cacique para dar comienzo a la celebración con el *avance* de las falanges danzantes, como asimismo para formular en los postreros momentos la *Despedida del Santuario*. Alternando con otros números de danza y música se suceden los actos individuales, como ser las muestras de expiación y penitencia, las promesas, las preces, los agradecimientos y ofrendas, las quejas y reclamos, los votos solemnes y la constante presentación de penitentes por los caporales.

En el contenido coreográfico reside la mayor originalidad de estos concursos, aunque la ausencia de reglas y regulaciones previas no logra, en cada caso, infringir el ancestral orden establecido<sup>16</sup>. En el aspecto visio-auditivo de los ejercicios reside el punto saliente y los rasgos determinantes del voto. Las filas de danzarines promueven avances o retrocesos modulados con una lentitud estudiada que se disgrega en efectos de balance y ondulación de la más rigurosa uniformidad y disciplina individual y confirmando la absoluta fusión del cariz visual y el efecto auditivo. Con sus tambores y *flautones* imponen los *ragidos* característicos que no corresponden a ningún género musical del arte culto. Esta mezcla óptica y acústica se exagera en las alteraciones, en las mudanzas, en los esguinces, en las genuflexiones, en los saludos, en las *paradas*, en los saltos y en los inconcebibles alardes de flexibilidad; correspondiendo a la polirritmia impetuosa e implacable del tamborileo.

Prevalece, sin embargo, la medida binaria, simple y compuesta, alterada a veces y burlada por los desapacibles alaridos, bufidos y vagidos del instrumental de soplo. Es un concertante monstruo del más arrobador efecto, en el cual los componentes de las ondulantes columnas, sin perder el juego colectivo, parecen sumidos en un sueño hipnótico y como si todos y cada uno estuvieran transfigurados por la creencia y la fe cristianas.

Confundidos con los oficiantes, actúan los instrumentistas, en agrupaciones variables, pero dando especial preferencia al soplo y al parche. Imponiéndose más a la multitud se prodigan las comparsas de *diablos* o *diablillos* exhibiendo los más estrafalarios disfraces y alternando permanentemente con sus mofas, burlas y bailettes, el desenvolvimiento de los ejercicios y las preces. Por momentos pasan a ocupar esos mismos toda la atención, representando

<sup>16</sup> Desde 1965 existe la Federación de Bailes en la festividad de *La Tirana*.

fragmentos de las *logas* medioevales que impusieron los Conquistadores en reemplazo de los aparatosos misterios y, por ello, el secular "sketch" de la lucha de moros y cristianos revive a través de toda América.

Una inconcebible promiscuidad de instrumentos universales y precolombinos se hace notar en los conjuntos del Extremo Norte. Desde la banda de instrumentos de bronce hasta el grupo de pitos y tambores, toda una variedad organográfica impide las clasificaciones. Hacia la provincia de Atacama la simplificación es evidente, dominando el instrumental de los *chinos*, a base de *flautones* que emiten sólo dos sonidos y tambores diversos. En el centro y sur del país la más abigarrada organografía ofrece un irrisorio concurso a los ejercicios y ritos, restando así el mayor atractivo a las procesiones y actos de conjunto. En todo el territorio rige el tono responsorial para los cantos y promesas. Las formas corales, usadas esporádicamente en el Septentrión, pierden en el Valle Central toda calidad folklórica, adaptándose rigurosamente al repertorio universal; pero, en tierras sureñas, recobran originalidad en los cantos chilotes.

En los actos rituales de este archipiélago prestan un lucido concurso a la fiesta las ofrendas de flores y el tiro a foguero; y antes de la procesión, grupos de la mayoría de los fieles se reúnen alrededor de mesas bien servidas con los platos y frutos nacionales.

La increíble diversidad de los disfraces y uniformes de los oficiantes en el cuadro general de estos rituales queda confinada a las provincias del norte, para desaparecer en Aconcagua y todo el sur, restando a las reuniones el atractivo folklórico más evidente.

Una referencia especial merece la disciplina que rige todas estas concentraciones. Devotos, penitentes y oficiantes imponen sus ritos y reglas con un sentido claro y preciso de su responsabilidad y con el dominio y buen uso de sus prerrogativas quieren prepararse a la virtud y elevar los espíritus.

Solamente una nómina detallada de las peregrinaciones chilenas podría dar una idea de sus variadas formas y de su desarrollo tradicional. Si los sitios de peregrinaje alcanzan al centenar, las aldehuelas y campamentos (minas, salitreras, fábricas) que mantienen hermandades y *bailes* organizados doblan ese número y su diversidad resulta como las formas del culto y el proteiforme desarrollo de sus cantos rituales.

Hay comarcas y zonas de atracción para estos festivales muchas veces confundidas con las celebraciones ya reseñadas, especialmente las *fiestas de la cruz* de las provincias centrales, a cuyo lucimiento también concurren los *bailes* y *cofradías*. Son regiones preferidas para las peregrinaciones, los valles de Arica y Tarapacá, los oasis del desierto y como la sede de las más fervorosas concentraciones, la red de los valles coquimbano, especialmente los de Elqui y Limarí. Estas rutas de expiación vuelven a estrecharse en las cinco islas grandes que hacen frente, en Chiloé, al puerto de Castro, pero, acogiendo de diverso modo a los devotos.

En las inmediaciones de la Metrópoli persisten algunos cultos desvirtuados por el cosmopolitanismo y convertidos en procesiones de barriada, pese a su sede y exterioridades enteramente campesinas. Puede ser el modelo de un verdadero despojo de la alegórica imposición del pasado, la parroquial convocación de la Virgen de las Mercedes de la Isla de Maipo (provincia de Santiago), con un desfile de músicos de feria anunciando el cortejo de vehículos motorizados que en otras épocas del año, sirve de atractivo y en las inmediaciones, a las romerías del Niño Dios de Malloco y a Nuestra Señora del Rosario de Valdivia de Paine.

#### BIBLIOGRAFIA

- Caro Baroja, F. *Los pueblos de España*. Barcelona, 1946.
- Deffontaine, Pierre. *Geographie et religions*. París, 1948.
- Lavín, Carlos. *La Procesion sur les flots* (Extrait de la "Revue de l'Amérique Latine", de 1º Julio 1928, París, 1928.
- Kisch, Egon Erwin. *Descubrimiento de México* (Peregrinaciones). México, 1944.
- Housse, Rafael E. *Los hijos del Sol* (Romerías), Santiago, 1945.
- Lavín, Carlos. *Un itinerario fantástico en el territorio nacional*. Revista Antártida, Noviembre-Diciembre 1945, Santiago.
- Rivera S., Amadeo E. *La Feria de Octubre en Ayacucho* (Romerías), Revista "Folklore", Nº 27-28, Lima, Perú, 1952.
- Dávila Alvarez, Evert. *La fiesta de Jauja - Yauyos* (Romerías), en "Folklore", Nº 29, Octubre de 1952, Lima, Perú.
- Torre, Matilde de la. *Ritos procesionales y cortejos y ofrendas votivas*. En Anuario de la Sociedad Folklórica de México, 1941. Tomo III, México, 1942.
- Cáceres Freyre, Julián R. *El culto idólatrico del Señor de la Peña*. Buenos Aires, 1949.
- Lavín, Carlos. *Danzas rituales de Chile*, Revista Zig-Zag, 26 de Enero de 1948, Santiago.